

## El negro argentino: nación, raza y clase en épocas de la globalización.

Mabel N. Grillo<sup>1</sup>

### Introducción: nación y diferencias

El problema de las relaciones que mantiene la nación con la clase y la raza como diferencias sociales y culturales que exhibe en su interior es amplio y complejo. Tradicionalmente fueron estudiadas por autores que siendo antropólogos y sociólogos trabajaban en las interfaces de ambas disciplinas. La raza fue el gran tema de la antropología en tanto que la clase lo ha sido primordialmente de la sociología. A partir de la década del sesenta del siglo pasado las luchas de las feministas por el reconocimiento igualitario de la mujer en la sociedad y, luego, lo que se ha llamado el giro cultural en las ciencias sociales ampliaron la gama de las diferencias a reivindicar. Se inició entonces un debate que todavía no ha cesado acerca de las vinculaciones de la clase y la raza con las demás diferencias y el papel reforzador de ambas en el potencial discriminador

---

<sup>1</sup> Doctora en Antropología. Universidad de Brasilia/FLACSO. Licenciada en Ciencias de la Información. Universidad Nacional de Río Cuarto. Profesora Titular UNRC. Dicta cursos de Maestrías y Doctorado en Universidades Argentinas (UNRC, UNCo, UNC) y Países Latinoamericanos. Comité Académico de la Maestría en Ciencias Sociales UNRC, Directora del Doctorado en Ciencias Sociales de UNRC, Trabajos publicados: *Espacios sociales y visuales: cuando lo político se comparte por YouTube* (2010); *Lo local hoy* (2008), *Las convenciones de una metodología anticonvencional* (2007); *Mujeres partidas: Análisis discursivo de historias de migración* (2005); *Lo local como contexto de audiencias fluctuantes y espacio de interacciones productivas* (2005); *Las convenciones de una metodología anticonvencional*. En *Temas y problemas de comunicación*. (1999); *-Discursos locales. Lo nuevo y lo viejo. Lo público y lo privado*. (1999); *Estilos interactivos, autoubicación espacial e identidades locales*. (1998); *Lo global: espacio móvil para identidades múltiples*. 1997; *Las metáforas de la globalización*. En Mato, D. y otros (Comp.) *América Latina en tiempos de globalización: procesos culturales y transformaciones sociopolíticas* 1996.

y excluyente del poder clasificatorio que instituye a las sociedades occidentales. En los últimos tiempos, la cuestión ha concentrado la atención de aquellas perspectivas que en el seno de todas las ciencias sociales privilegian un ángulo de análisis orientado a comprender las tensiones que genera el ideal del igualitarismo moderno sobre el cual se constituyeron los estados nacionales.<sup>2</sup>

A pesar de la variedad disciplinar que muestran quienes han estudiado el tema, especialmente aquellos que lo han hecho desde mediados del siglo veinte hasta la actualidad, se preguntan sobre las distancias y los quiebres que existen en las sociedades nacionales entre el ideal igualitario que la modernidad consagró y las fuerzas históricas que lo desmienten, corroen y contradicen en los hechos. En síntesis, intentan responder a la pregunta: ¿cuáles son las cuestiones que hacen que una sociedad humana regida por normas y valores igualitarios viva en la desigualdad permanente? Clase, raza y género han ofrecido los principales ejemplos de aquellas diferencias que en las sociedades occidentales nunca han sido indiferentes y han justificado y justifican modos de exclusión, segregación, dominación, subordinación y explotación entre los hombres y mujeres del mundo. En este sentido, no deben abordarse como atributos que portan los individuos empíricos sino como categorías de jerarquización social. Pues, lo que interesa es contraponer la ideología igualitaria, generalmente traducida en el discurso políticamente correcto, a las prácticas corrientes que en la vida social colman nuestra experiencia en las relaciones cotidianas.

Partiré de una asunción bastante común en la tradición antropológica acerca de que el actor central de la ideología nacional igualitaria es el

---

<sup>2</sup> Algunas veces estas nuevas preocupaciones han derivado en lo que se ha denominado “el giro cultural” en las ciencias sociales. Se ha producido un interesante debate sobre los alcances y los límites de las explicaciones que intentan dar cuenta, “desde la cultura”, de fenómenos amplios de lo histórico social. Entrar en esta cuestión nos alejaría de nuestro objetivo (Entre las últimas obras interesantes sobre el problema, ver por ejemplo Fraser, N. y A. Honneth, 2006).

individuo (Dumont, 1985; Elias 1994; Lahire, 2006). La fuerza argumentativa de esta posición reside en que los derechos del individuo son consagrados por todas las constituciones nacionales de occidente y su legitimidad fue refrendada por la Declaración Universal de los Derechos del Hombre. Jurídicamente el individuo es inalienable y la fuerza de esta afirmación sustenta la obligación del reconocimiento de que “todas sus diferencias son indiferentes” frente a la ley que hunde sus raíces en el universalismo humano consagrado como credo por la ideología moderna.

Pero ese individuo no es igual al individuo empírico, nunca fue una mónada; el individuo es una producción social; siempre ha sido y es un producto social construido históricamente como portador, representante y exponente de categorías históricamente significadas. Esta historicidad, productora de las lógicas de las relaciones entre los individuos y de los individuos en relación, proclamada desde las leyes administradas y reguladas por los estados, muestra que el individuo es un producto social en la medida que es *englobado*, dice Dumont (1985) -para decir saturado, absorbido o representado- por las categorías que marcan las jerarquías del poder instituyente de lo social. En otras palabras, los individuos son agrupados y clasificados jerárquicamente según sean hombres o mujeres, blancos, negros o indígenas, ricos o pobres y cuantas clases y modos de clasificación, como dije, organiza el poder clasificador en cada momento y lugar.

Más allá del factor en el que se asiente la explicación, aquello que para White (1992) es determinante en el estilo narrativo del pasado, generalmente la descripción del proceso de jerarquización social recupera la imposición y el efecto de sobreimpresión de un modo de organización legal, económico y religioso por parte del estado a formas previas y arraigadas históricamente en los agrupamientos existentes en los territorios ocupados por ellos. En Latinoamérica, esta forma moderna de organización social se ha denominado constitución de los estados nacionales cupiéndole a la nación el papel de aculturización de la diversidad étnica que presentaba la población dispuesta en el territorio y que

pasaba a cargo de la organización jurídica, administrativa, política y militar de los estados.

Estos procesos de constitución de los estados nacionales obviamente fueron dispares y, en consecuencia, también lo fueron el desarrollo de las relaciones entre Estado y sociedad por un lado y entre los grupos que portaban las diferencias al interior de las sociedades, por el otro.

En el marco de las sociedades latinoamericanas, Argentina ha sido presentada, generalmente junto a Chile y Uruguay, como una de las sociedades más dinámicas socialmente y más igualitarias de la región (Bagú, 1975)<sup>3</sup>. Como en todas las sociedades nacionales, también en Argentina fueron sus élites dominantes las que participaron más activamente en el ciframiento del contenido imaginativo de aquello que significaba la nación como comunidad que integraba las diferencias<sup>4</sup>. Desde mi punto de vista, ello puede agregar poco o nada a la comprensión del problema si no se diferencian los matices ideológicos de estos grupos dominantes en cada país y se da cuenta de las relaciones que mantenían entre ellos y con las demás clases. Un punto importante que deriva de ese sistema de relaciones es la conjunción significativa de la clase con las diferencias étnicas. Este tema, rebasa ampliamente los objetivos que nos hemos propuesto; aquí sólo iremos desbrozando algunas categorías que permiten comprender la exhibición del problema en Argentina en términos de los modos en que se establecen las relaciones del “nosotros” nacional con quienes se construyen como “otros”.

Trataré de interpretar un incidente, quizás pequeño por su duración y por el lugar en que se produce —una ciudad mediana del interior de Ar-

---

<sup>3</sup> Son numerosos los autores que estudian la constitución de los estados nacionales en América Latina. Sobre el tópico que estamos tratando preferimos citar a Sergio Bagú (1975) en la medida que vincula a las dimensiones económicas y políticas factores culturales que configuran la compleja conjunción histórica de clase y etnia en el país.

<sup>4</sup> Hay un interesante contrapunto sobre el tema entre Benedict Anderson (1993, 1998) y Partha Chatterjee (2008).

gentina-. Pero como sabemos, no hay lugares ni acontecimientos pequeños cuando en ellos vemos problemas que se prestan al análisis y la interpretación más densa y amplia. Ellos pueden ejemplificar, expresar, dar cuenta de configuraciones tales como una estructura simbólica generadora de sentidos de una multiplicidad de prácticas habituales en la vida de un grupo social (Geertz, C. 2000: 19-40)

A lo largo del trabajo me moveré con bastante fluidez y despreocupación entre los niveles de análisis micro y macro y entre el uso de categorías sociológicas teóricas y clivajes de relatos que nos ofrece la disciplina histórica. Asumo esta licencia en el enfoque en la medida que pretendo evocar la visión de una pintura que por momentos nos muestra actores puestos en un paisaje local, por momentos los actores se pierden y adquiere importancia el paisaje que, a su vez, tiende a desvanecerse cuando hundimos nuestra mirada en el conjunto y nuestra imaginación nos lleva más allá del momento en el que estamos mirando. En estos términos, este escrito se propone como un ensayo.

## Incidentes lugareños

El 12 de mayo pasado (año 2011) me contaron que a las nueve de la noche anterior en la ciudad en la que vivo, en el interior de Argentina<sup>5</sup>, el conductor de una de las radios FM más escuchadas en la ciudad<sup>6</sup> comenzó su programa *Pasajero nocturno* de la siguiente manera:

---

<sup>5</sup> Con 160 mil habitantes Río Cuarto es la segunda ciudad de la provincia de Córdoba y es el centro urbano más importante de su extensa región sur. Generalmente se la caracteriza como una ciudad pampeana oponiéndola a las regiones serranas que predominan y son la marca turística de la provincia de Córdoba.

<sup>6</sup> Es la FM más antigua y un desprendimiento empresarial de la única AM local. La multiplicación de radios ocurrida a partir del surgimiento y expansión de las emisoras en frecuencia modulada, más otros factores producidos por transformaciones que se dieron tanto en el sistema de medios como en sus públicos sólo hicieron que ambas emisoras perdieran su centralidad en el marco de los medios locales, pero ambas si-

## Reseñas

No pregunten por qué... no importa...  
me cagaron el día...  
habría que matar a esos negros de mierda!

Lo confirmé con varios informantes, todavía era un hecho que se mantenía en semipenumbras, pues sólo podían dar cuenta de él quienes lo habían escuchado. Me dijeron que luego el conductor relató que en las proximidades de la radio *dos negros de mierda que se conducían en un carro de cartoneros le tiraron con una naranja en el pecho*.

Cuando me enteré que el conductor de *Pasajero nocturno* había subido lo dicho al Facebook del programa, supe que podía encontrar información directa. Entonces, accedí al material publicado en Internet pues había sido registrado antes de que fuera dado de baja y allí estaba, también escrito, aquello referido arriba<sup>7</sup>. Allí algunos jóvenes mantuvieron un diálogo entre ellos y con el locutor que trataré de describir brevemente: la página muestra la intervención de catorce jóvenes con sus respectivas fotos, de los cuales diez apoyan al conductor, la mitad agregando opiniones que reafirman la sugerencia del exterminio, dos piden moderación y reflexión en lo que se está diciendo y dos cuestionan la capacidad para opinar de quienes escriben. Estos números no pretenden sugerir ninguna representatividad en particular, sólo son casos que se representan a sí mismos. Lo importante es la espontaneidad de la situación y la naturalidad con la que estos jóvenes expresaron creencias profundas sobre las diferencias y las jerarquías que organizan lo social. Quienes lo apoyan refieren a experiencias personales de hurtos por lo cual acuerdan y repiten las expresiones del conductor, algunos simplemente expresan su acuerdo repitiendo la misma o similares expresiones y otros acuerdan agregando calificativos como “lacras”, “escoria”, “rateros”,

---

guen siendo reconocidas entre los medios más importantes de la ciudad y de la región.

<sup>7</sup> Agradezco a Gustavo Cimadevilla –director de un proyecto que estudia los carreros de la ciudad- y a Claudia Kenbel toda la información y el material que me dieron sobre el programa.

“les gusta la plata fácil”, “no han querido ser alguien” y en algunos casos se cuestiona la legitimidad de los derechos humanos. También se insiste en que nadie toma en cuenta a quienes trabajan todo el día, pagan los impuestos y se levantan temprano para trabajar. Una joven después de dar su apoyo al conductor repitiendo el mismo insulto, quizás con recursos retóricos más fuertes, escribe *“cdo uno habla de negros de mierda se refiere a esos negritos de alma resentidos y no al color de la piel, a mi me quiso chorear un rubio de ojos celestes !!! o sea...en fin, son una gran bosta! El tema negros de mierda de los chabelos los describe tal cual, ja ja!”*

Con el relato de mis informantes y el material de la página comencé a escribir este trabajo cuando, en los días 25 y 26 del mismo mes, aparecen en el único diario local dos páginas, una cada día, referidas al incidente. El primer día la nota se titula “Por discriminación a cartoneros denuncian a un locutor radial.” Debajo dice: “El abogado de la Secretaría de Promoción social José Sagarraga se presentó ayer ante el fiscal Rivero para repudiar las expresiones descalificadoras que se habrían vertido en un programa de FM.” La nota del día siguiente se titula: “Denuncia por discriminar a cartoneros. Fabri López: “Pido disculpas, fue la expresión de un momento de calentura”. En la bajada reza: “Después de que el abogado de la Secretaría de Promoción Social lo acusara por sus expresiones descalificadoras contra quienes trabajan en los carros, el locutor del programa de FM “Pasajero nocturno” explicó que habló al micrófono “en caliente” por una agresión gratuita que recibió mientras caminaba hacia la radio: soy un comunicador y me equivoqué”. En la página web del diario también se expresan comentarios iniciados por alguien que pide “dejar de lado la hipocresía” porque “quienes andan en los carros no respetan a nada ni a nadie, los podemos ver diariamente en nuestra ciudad, basta que lo miren para recibir cualquier cantidad de insultos, lo digo con conocimientos de causa”. Siguen luego expresiones de cuatro personas que enjuician al programa y al conductor como comunicador por el uso que hizo del espacio radial, por la ideología que trasuntó “a cuya derecha sólo quedan los genocidas”.

## Reseñas

En medio del período en el que estaba recolectando la información sobre el incidente y sus consecuencias, con mi escucha sensibilizada por lo acontecido, oí a mi vecino dando uno de sus repetidos discursos en voz alta a sus empleados y clientes; como conservaba la memoria de haber oído también de su boca la teoría del exterminio agudicé mi oído y fue entonces, según lo previsto, que ocurrió nuevamente. Cuando le comento a un allegado “la coincidencia” entre mi preocupación por el programa radial, como dije en ese momento estaba imaginando este artículo, y lo que había escuchado del vecino, mi interlocutor me contesta que terminaba de oír una expresión similar –sin proponer el aniquilamiento- de parte de un dirigente político local, representante del partido que en Argentina habla en nombre de los intereses de los sectores populares. Se dio en medio de una conversación entre dirigentes y funcionarios políticos referida a demandas que está planteando un grupo de vendedores ambulantes, tanto al Poder Ejecutivo como al Concejo Deliberante de la ciudad, acerca del lugar en el que pueden ofrecer sus mercaderías.

Estos dos últimos incidentes, el de mi vecino y el del político, podrían parecer anécdotas menores, incomparables en su trascendencia con el mensaje público del programa radial y de la cadena en red que generaron los jóvenes. Los incluyo porque creo que no debemos perder de vista que es un insulto corriente, de intensa circulación en las variadas situaciones y en gran parte de la población argentina de la que emergen los conductores radiales y los jóvenes que escriben en facebook. Ellos no constituyen una anacrónica banda de “neo nazis”, ni una tribu racista con slóganes lacerantes para las “buenas conciencias nacionales”. Están bien cerca nuestro, tan cerca que podemos decir “somos nosotros”.

Cuando el locutor radial decide cerrar la página de su programa lo hace con la siguiente nota. Pese a su extensión, la transcribiré completa porque da cuenta de los pliegues y repliegues discursivos que son necesarios para intentar arrugar la superficie plana y breve de un insulto que resulta claro y contundente por la historicidad que evoca. Aquellas, las

palabras dichas, son muchas menos que las que siguen pero en la medida que penetran como un estilete en creencias profundas sobre límites y fronteras sociales, en una sociedad que se dice y debe ser igualitaria, su reparación exhibe las ambigüedades y contradicciones de una larga reflexión que siempre será insuficiente.

Queridos amigos y contactos,

No me es grato sentarme a escribir estas líneas, pero necesito hacerlo. Debo una disculpa pública. Soy un comunicador y mi voz, tiene llegada a muchísimas personas cada día... Personas que se han sentido identificadas y otras, por lo contrario, agredidas y agraviadas. No quiero, sino disculparme con estas últimas. No fué de buen comunicador, utilizar el medio y el micrófono para expresar el enojo personal. Mucho menos aún, las palabras inapropiadas que utilicé en Facebook para referirme a lo acontecido. Aquellos que me conocen, sabrán que no pienso de la manera en que el diario me ha descrito, con palabras de un Sr. abogado. Le falté el respeto, sin querer hacerlo, a muchas personas que defienden los Derechos Humanos, cuando alguna vez, fuí yo quien los convocó para que usaran el medio cuando quisieran.

Así como hablé de más, hoy, quiero pedir disculpas a todos aquellos a quienes directa o indirectamente ofendí.

Les aseguro que he pasado horas hablando de este tema con amigos, compañeros y personas que ni siquiera conozco y acepto como contacto. Con muchos, estamos de acuerdo que vivimos paranoicos y en completa inseguridad. Pero pueden estar seguros, absolutamente seguros, que no tengo nada en contra de aquellos que viven y se ganan la vida trabajando como recolectores, cartoneros o revolviendo en la basura, buscando el plato de comida de cada día. Lejos estoy del odio hacia las personas de color. Las respeto, las admiro y sé, además, lo que han luchado con el paso del tiempo para ocupar lugares dignos en la sociedad.

He pedido disculpas al aire, pero parecen no haber sido escuchadas. Hoy, en un artículo similar al de ayer, vuelvo a disculparme públicamente. Pero además, quiero aprovechar este medio... el mismo que usé en un primer momento, ahogado por la calentura de haber sido agredido, sin razón alguna, por personas que no conozco. Pido disculpas. Soy un comunicador que hablé y escribí de más. Pero también soy un ciudadano como muchos de ustedes, que transita por las calles con su familia, que a diario vive la misma realidad. Leyendo sobre inseguridad. Mirando las noticias, que hablan del mismo tema. Al igual que muchos de ustedes, tengo miedo. Vivimos en una sociedad paranoica, amedrentada por los hechos que día a día se repiten... Asaltos, agresiones, robos y a veces, asesinatos o desapariciones. Expresé mi bronca, porque me tocó a mí. No hay que salir a matar a nadie, ni agredir con odio a determinadas personas. Quiero que por favor, no usemos más palabras de bronca que citen a la violencia, para referirnos a ninguna persona. Yo me equivoqué y afrontaré mis errores cuando sea convocado por la justicia, si así se decide. Pero por favor, evitemos mensajes públicos por cualquier medio de ahora en más, para no seguir hiriendo susceptibilidades. Muchísimas gracias por haber llegado con su lectura hasta aquí. No es necesario que dejen mensajes, pues me gustaría que este sea un punto final a todos los comentarios, a favor o no.

## **Relatos sobre el ciudadano medio y el creyente**

He estudiado los estilos seguidos por los autores de textos de historia nacional, escritos para el nivel medio de enseñanza en Argentina y Brasil, cuando relatan el proceso de constitución de ambos estados. En particular centré mi interés analítico en la relación de la nación con sus diferencias internas. Estos autores de textos utilizados en el secundario siguen las líneas generales de las narrativas maestras que han explicado el proceso en cada país, más o menos matizadas con las revisiones vigentes hasta mediados de la década del 80 del siglo XX. También estudié el tema de la confrontación del ideal igualitario de la nación con las

diferencias y los desvíos que la sociedad ofrece en los noticieros de mayor circulación en los dos países<sup>8</sup>.

En los textos de historia nacional argentina asumen ese lugar de otredad o exterioridad los negros, los indios, los gauchos y los inmigrantes. En los noticieros, desde la posición de representantes del “ciudadano medio”, aquellos que llevaban adelante el espacio televisivo -conductores y especialmente reporteros- posicionan de manera similar a quienes infringen las leyes y a los pobres. Siguiendo a Todorov (1987; 1991) sostengo en ese estudio que en las formaciones discursivas argentinas el modo de relación que se le propone al otro -en nombre de la nación, de nosotros, de la sociedad nacional o de la ciudadanía- lo construye como creyente. Esta construcción implica que cualquiera puede volverse nacional (por cristiano) pues a las diferencias de hecho no corresponden diferencias de naturaleza; cualquiera puede ser convertido y transformado al credo que en Argentina significa ser nacional o, mejor, hoy en día, ser reconocido como integrante de la sociedad nacional y, en algunos contextos específicos, ser ciudadano. Sólo debe aprender, y demostrar haber aprendido, a transformarse a la fe que propone aquello que Oscar Terán ha denominado “la liturgia nacional”.

Quizá, para comprender mejor la figura del creyente debamos oponerla al tipo opuesto que propone Todorov: el esclavo. El otro, configurado como esclavo es un ser “intrínsecamente inferior, puesto que le falta, al menos parcialmente la razón, que da la definición misma del hombre, y que no se puede adquirir a la manera de la fe” (1987:173).

Cuando estamos frente al creyente, en cambio, es posible llevar adelante la tarea moralizante o pedagógica que tiene un fin sagrado que es la salvación del alma. Las asociaciones que podemos hacer entre este modo de relacionamiento y nuestra cultura general y política, en particular, son variadas y de índole diversa. Nuestro modo pastoral de liderazgo

---

<sup>8</sup> Grillo, M. (1995; 1996)

exitoso (Foucault, M. 1978), las horas que dedicamos para persuadir al otro de “la verdad” que funda nuestra opinión y las emociones profundas de enojo que nos produce el disenso dan cuenta de que algo muy parecido al dogma sostiene la superficie discursiva que da sentido a nuestras prácticas. Siempre son estrategias asimilacionistas de la diferencia, no sólo étnica y de clase, sino también de cualquiera que surja en el horizonte de nuestras actuaciones cotidianas. Como dije, la ideología asimilacionista y la figura del creyente tienen una profunda base igualitaria y, en este sentido, sumamente alineada con la ideología moderna. No obstante, presenta enormes dificultades en las formas que adoptan las relaciones e interacciones entre las diferencias que ofrece la sociedad nacional, por su fuerza homogeneizante y los escollos que plantea cuando se necesitan generar acuerdos públicos más o menos duraderos. Y lo más importante, desde el punto de vista de aquello que interesa analizar en este trabajo, es sustancialmente irritante cuando el fracaso en la adopción de la creencia se representa como condición de la pobreza. Lo pobres no han podido, sabido o querido ser creyentes, porque esto hubiera salvado su alma, los hubiera integrado exitosamente. Pues, como ya dije, al creyente lo auxilia la razón para comprender, carencia que ostenta el esclavo.

Todavía queda por explorar porqué el pobre es negro (negro y más) a los ojos del “ciudadano como muchos de ustedes”, como dice el conductor radial a su audiencia en su nota de disculpas. ¿Cómo se concilia semejante imagen del otro con la ideología igualitaria moderna? Las interpretaciones de esta expresión pueden ser variadas y de diferente índole, según la situación y los interactuantes. Pero, cuando toma el género del insulto y se dirige a alguien que por su ocupación, apariencia y modales es pobre -aspecto en el que ya me detendré- en sintonía con lo que venimos sosteniendo: negro, es obviamente no blanqueado, porque se ha resistido a la transformación, el calificativo siguiente (“de mierda”) refuerza, con claridad, la impureza del caso. Esto debe ser así, porque como dije, el creyente no porta rasgos de naturaleza, no expone color de piel para causar indignación, es su alma impura la que está fuera de lugar. Como en las ceremonias religiosas, la pureza del alma —el

blanqueamiento físico- se exhibe en el dominio de las prácticas rituales que la interacción demanda. Por la apariencia, pero esencialmente por los modales, el negro argentino representa a quien no ha podido, no ha querido, o no ha sabido ser creyente del credo nacional que hundiendo las raíces en el proceso histórico construye la formación discursiva legítima de la nacionalidad. Si atendemos a la nota del conductor podemos observar que es tanto un pedido de disculpas como un reclamo por reconocimiento por todo lo que ha hecho por ellos, los otros, y ahora parecen culparlo del fracaso social que, en última instancia, es de todos nosotros.

### **Un giro interpretativo: la ocupación cartonera.**

En sus inicios, la ideología burguesa orienta a mostrar la ocupación y el trabajo con orgullo frente a la decadencia que los tiempos cobraban al ocio noble. Podemos decir de manera simple que en las sociedades “integradas” del capitalismo fordista la ocupación trató de solapar a la herencia y eclipsarla como forma de pertenencia social. No obstante, como nos anima a pensar Bruno Latour (2007), si la modernidad se hubiera realizado plenamente sólo tendríamos sus vestigios o la memoria de aquello que ella significó como una etapa pasada de la humanidad. Es por ello que la herencia, como continuidad del linaje, todavía es un trazo potente para el sentido de pertenencia a la comunidad de ciudadanos y en los casos de ciudades pequeñas y medianas su importancia es mayor.

Si no se posee, la ocupación denota disposiciones desarrolladas en contextos de sociabilidad y socialización conducentes al desarrollo de tareas socialmente legítimas y, siempre, más o menos útiles y valoradas por el conjunto social. Aunque el trabajo siempre dignifica, como se dice corrientemente, en algunos casos dignifica más que en otros. No obstante, la ocupación es aquel último rasgo del que se puede hablar con naturalidad al mismo tiempo que se marcan los límites que nos separan con algún grado de confianza y sin ofender. A quienes el conductor designa

sustancialmente como negros, el diario lo hace como cartoneros. Sin embargo, al mismo tiempo, para quienes escriben en facebook aquello que demarca la frontera con los otros, su pertenencia al mundo común de los ciudadanos, es que ellos trabajan y se esfuerzan cotidianamente para seguir haciéndolo como corresponde<sup>9</sup>. En este marco, para estos jóvenes, ¿desde qué mirada se les escapa el trabajo de los cartoneros? ¿Desde qué ángulo interpretativo los cartoneros no trabajan?

Será que se desliza en los tiempos el significado del gaucho, trasuntado en nuestro “criollo”, libre de candados y logros que cumplir; esa figura que tanto molestaba al laborioso inmigrante extranjero, esforzado, que se levantaba temprano y muchas veces no dormía para “progresar en la vida”, que aprendió el himno junto a sus hijos, quienes de delantal blanco, en la mayoría de los casos junto a los hijos de los otros, y con brazos extendidos formaban fila para saludar a la bandera nacional. Los cartoneros ahora, como los gauchos antes, parecen no cumplir horarios, andan por el mundo como si nada les molestara y de vez en cuando tiran naranjazos; como aquellos, los gauchos provocaban en el boliche, siempre tomando de más, con “aires de dueños de nada ¿y qué?” mientras el gringo argentino, frente a su grapa, se apuraba a respirar los únicos minutos que le dejaba el trabajo rudo de todo el día.

Desde el punto de vista de aquella concepción sin pausa, disciplinada, ordenada y obediente del trabajo, el cartonero tiñó de negro su ocupación: ambulante, fuera de lugar, con carros tirados por caballos que ensucian y “molestan” al tránsito citadino, que suben y bajan del carro y se acercan, a veces demasiado, a nuestras casas, levantan sin pedir, aunque lo hayamos dejado ahí para que se lo lleven, y siguen, “como si nada”. Una sospecha me indica que hoy, además, en el ámbito urbano de una sociedad pampeana del interior próspero de Argentina, suma trazos oscuros a esta ocupación su grado de exhibición (si no fuera porque es un

---

<sup>9</sup> Muchos remarcan “que se rompen el c...) todos los días para poder sobrevivir”

lugar común, lo diría: impúdica), a la vista de todos, en el espacio público “imaginado común” por la nación y “la ciudad” que la representa.

En realidad, en América Latina, cuando en las últimas décadas del siglo pasado, el capitalismo financiero y el avance tecnológico, de la mano del apriete de las pinzas de la concentración del mercado económico global, cambian las formas de producción y flexibilizan el trabajo, cientos y miles de personas ocupan las calles tratando de comerciar para sobrevivir a la transformación estructural. Eran épocas en las cuales algunos tenían palabras elogiosas para el cuentapropismo, como si estas actividades hubieran sido originadas por el principio burgués del cálculo del riesgo y la ganancia. La desindustrialización produjo pobres “independientes”, sin salarios, ni mutual, son los cartoneros, los vendedores ambulantes y tantos otros trabajadores que pululan por el centro de las grandes ciudades latinoamericanas. Como ya ha sido explicado reiteradamente, estas ocupaciones presentan formas del trabajo heterogéneas, como dice Segato (2010) no alineadas con las clases tradicionales. Cuando esta autora intenta responder a la pregunta por el nombre con el que se designa ahora la categoría “que hasta los años setenta llamábamos cabecitas negras”, recupera una encuesta que realizó el INADI en el año 2009<sup>10</sup>. En el estudio, los encuestados deben decir “quiénes piensan que son los sectores más discriminados en Argentina”. El primer lugar, con el 88,4% de las respuestas, lo ocupan “los sectores populares”. La palabra negro recién aparece cuando se le solicita al encuestado términos que le surjan en asociación libre al oír “villero” y en esta respuesta, se encuentra en la categoría Otros con 35,8 %, junto a: discriminado, delincuente, vulnerabilidad-feo- cartonero- matarlos.

Podemos imaginar, como dice la autora, que es un problema del instrumento aplicado para obtener la información, pues los sectores popu-

---

<sup>10</sup> Estudio realizado por el INADI (Instituto nacional argentino contra la discriminación, la xenofobia y el racismo) sobre discriminación en la ciudad de Buenos Aires y otros puntos del país.

lares han sido “ciertamente racializados en toda América Latina”. Otra interpretación posible es que estamos ante una oclusión discursiva producida por la negación de un fracaso generalizado de todos. De nosotros -los blancos- al enseñar, al evangelizar, al blanquear y del otro –el negro mestizo- a aprender, a transformarse. Si no pudimos transformarlos hasta volverlos blancos del todo a todos (como dije, sin cambiar su naturaleza, aquella que decimos no ver), por lo menos, debiéramos haber podido enseñarles “como corresponde” las reglas, los modales de la deferencia y el proceder que regulan las relaciones entre las jerarquías<sup>11</sup>.

## Los modales y el alma negra

Goffman (1977,1987) sostiene que en las sociedades complejas hay algunos componentes de la puesta en escena de las interacciones sociales que las regulan como verdaderos rituales. Nos detendremos en la apariencia y los modales. La primera denota tanto capacidad de consumo como de gusto asociado a la competencia para distinguir, seleccionar y asumir fidelidades a formas de mostrarse, algunas hegemónicas y otras contra-hegemónicas funcionales. En todos los casos, este conjunto de disposiciones son productos más o menos exitosos, por apropiados, que exhiben el modo correcto de presentarse ante los otros, muy especialmente, ante quienes ya pertenecen, esto es: son reconocidos como hijos socialmente legítimos de la sociedad nativa (lugareña, local) y que, en ocasiones, pueden permitirse la innovación. Desde el punto de vista de la apariencia la pigmentación de la piel puede ser más o menos relevante en la interacción con los demás integrantes del grupo social, según la mayor o menor legitimidad de otros factores que blanquean u oscurecen, según el caso y la situación. El dominio de las marcas y señales que indican cómo presentarse ante los demás es parte del sentido común de quienes son actores naturales del escenario donde se

---

<sup>11</sup> Cuántas veces, ante algún incidente en el que las reglas de convivencia son transgredidas por integrantes de los sectores populares escuchamos, “es un problema de educación” dicho en el sentido disciplinario de enseñanza de “las reglas de urbanidad”.

lleva adelante la interacción, pero son complejas y casi invisibles en sus particularidades para aquellos que están afuera y pretenden ingresar o, al menos, pasar desapercibidos. Son como las combinaciones necesarias para lograr la armonía precisa en una pieza musical. Quien entiende poco o nada de música, quien está afuera del grupo de sus productores, no sólo no puede crear nada- menos innovar- sino que le es muy difícil meramente ejecutar algo medianamente aceptable. Estas competencias son señales de distinción que marcan límites que nos agrupan y diferencian.

En conjunción con la ocupación y la apariencia, los modales contienen una importancia central en la medida que marcan el blanqueamiento, la internalización exitosa de las normas de deferencia y proceder que se deben poner en práctica frente a quienes representan posiciones jerarquizadas socialmente.

La delincuencia aparece en la actualidad siempre como excusa-emergente del señalamiento del color del otro. La delincuencia es un desafío a la sociedad en su conjunto, es una falta de respeto a las leyes-reglas que la sociedad impone institucionalmente. Por su parte, quienes transgreden las reglas no escritas pero “sagradas” de los rituales interactivos entre las jerarquías en la vida común de todos los días, son “negros” y además, pueden ser “de mierda”. Son un subgrupo que porta junto al color que se ve pero que se dice “no mirar”, el “alma” que al ser auscultada aparece ennegrecida por sus actuaciones.

Los pases discursivos entre delincuente y negro se asientan en la transgresión de las reglas. De unos se ocupa la ley escrita, de los otros, nosotros. Pero el hecho de que las cárceles estén “teñidas de negro” (Segato, 2007) indica que mucho más seguido que a veces, también quienes se encargan de hacer cumplir las leyes confunden las esferas.

Lamentablemente no pudimos disponer del audio original pero algunos informantes sostienen que el conductor del programa radial que generó este análisis, también dijo no referirse a los negros por el color de la piel

sino a los “negros de alma” que son los que arruinan la vida de los demás. Aparece en el comentario de una de las jóvenes de la página del programa y es una expresión que además se escucha a menudo en los pasillos por los que circulan los rumores profundos, por silenciados en el espacio abierto, de nuestra sociedad. El alma negra denota que no ha podido -no ha querido o no ha sabido- aprender las normas que la sociabilidad exige según el catecismo de la cultura nacional.

Sospecho que cuando observamos las relaciones entre las jerarquías que habitan la Argentina, como una sociedad con fuertes tendencias homogeneizantes, el alma trasuntada en modales es el toque final que suma significación particular a la configuración significativa del negro conformada por la clase (en situaciones específicas sobredeterminada por la ocupación) y la apariencia<sup>12</sup>. Es decir, tiene el alma negra quien no mantiene la distancia ni sigue los modales que le corresponden “a su lugar”, de acuerdo a su apariencia y su ocupación. Lo pigmentado por el color biológicamente cercano a la naturaleza, no-blanco o no totalmente blanco, es el lugar que designa la ausencia de pureza, es el último refugio de los límites entre las jerarquías que marca el credo nacional: es el alma.

Guillermo O’Donell (1984) relata en un ensayo haber sido motivado por el trabajo de Roberto Da Matta (1979) “Vocé sabe con quem está falando?”<sup>13</sup> para escribir “¿Y a mi que me importa? Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil”. En este ensayo analiza la manera diferente en la que se expresan las jerarquías en Buenos Aires y en Río de Janeiro –como sinécdoques de los estilos argentino y brasileño de sociabilizar entre las jerarquías- cuando los de arriba formulan la pregunta del título del trabajo del autor brasileño. Contrapone “al silen-

---

<sup>12</sup> La apariencia es sustancial en situaciones específicas como puede ser la entrada a un boliche.

<sup>13</sup> Da Matta, R. (1979) *Carnavais, malandros e heróis. Para uma sociologia do dilema brasileiro* Zahar Rio de Janeiro.

cio o las disculpas o la acción sumisa del otro con que cierran exitosamente su ritual de refuerzo de la jerarquía social lo cariocas de Da Matta” con lo que había oído responder a la misma pregunta muchas veces en Buenos Aires “¿Y a mi que me importa? –y no pocas, “¿Y a mi, que mierda me importa?”.

Como parte de su interpretación nos propone recordar la ambivalencia muchas veces intensa entre valores que parecen anularse entre sí pero, sin embargo, van por carriles separados. Dice O’Donell “Como algunos clásicos sabían, pero los argentinos olvidamos, una sociedad puede ser al mismo tiempo relativamente igualitaria, y autoritaria y violenta.” (1984: 8)

O’Donell abunda en ejemplos y centra su análisis en los desafíos cotidianos que establecen quienes ocupan los lugares bajos de la jerarquía social argentina cuando son o parecen ser tratados como sirvientes –o esclavos- y, a veces, por las dudas, para evitar confusiones que después deben ser restauradas<sup>14</sup>. Señala también, que el autoritarismo de los de arriba emerge con mayor asiduidad cuando el equilibrio a su favor recibe señales de estar en peligro. No es casual que parte de las justificaciones de los insultos de quienes dialogan sobre el incidente en la web, y del propio conductor –según relatan mis informantes- se asienten también en los “los planes y subsidios que reciben y pagamos todos” y “en los derechos humanos” que protegen a aquellos que infringieron las

---

<sup>14</sup> Recuerdo, nítidamente haber evocado este trabajo de O’Donell cuando en plena crisis del 2001, estando en el hall de un hotel en la ciudad de Buenos Aires, una persona de nacionalidad chilena me confundió con una integrante de su contingente de turistas y me dijo sonriendo: “Pueda ser que ahora, con esta crisis que tienen, se le hayan bajado los humos a los empleaduchos argentinos y nos atiendan bien”. Yo, representante fiel de mi país, de ese que O’Donell denomina –junto a otros autores- “Argentina plebeya”, integrante de la ancha franja que se ubica en la clase media, con el corazón nacional sensibilizado por lo que percibí como un insulto, en esta oportunidad, como en tantas otras, me alié fuertemente con los de abajo, y pensé “ojalá no te atiendan”.

reglas del buen proceder. Ocurre que no es sólo esto, hay mucha agua que corre por debajo, es aquello que constituye el fondo casi infinito de las formas de exhibir y mantener el poder de algunos sobre otros entre los humanos, y el modo en el que ese drama universal se elaboró históricamente en Argentina. En la pintura que estamos tratando de mostrar se delinearán apenas algunos contornos: en ella predominan los creyentes, el blanco, la pureza, el trabajo, el esfuerzo, lo fijo y el orden, pastores y dogmas, pero pueden observarse porque resaltan cuando los límites se acercan y emerge lo negro, lo impuro, la falta de orden, la disciplina y el esfuerzo. Son imágenes que circularon y circulan en el imaginario de la sociedad argentina, fluyen en géneros discursivos de diverso orden y temporalidad, en espacios comunes privados, en los rincones de una plaza, en las canchas de fútbol, en la literatura, en las disputas políticas pero casi siempre pueden ser contenidas por las precarias reglas que podemos mantener para seguir juntos. Cuando se transgreden esas reglas por parte de quienes tienen la mayor obligación de mantenerlas por el poder que exhiben en el espacio público, cuando no han podido resistir el desafío que recibieron y promueven el exterminio del otro, la tarea de restaurar la ofensa a la sagrada creencia igualitaria queda en manos de todos y aunque el esfuerzo es grande “la obligación obliga”.

Cuando Durkheim explica “la ambigüedad de la noción de lo sagrado”<sup>15</sup> se refiere al principio totémico que habilita las clasificaciones sociales. Dice “que si bien una cosa es el respeto y otra la repugnancia y el horror” para que los actos sean idénticos en los dos casos es preciso que no difiera la naturaleza de los sentimientos que se expresan” (...)”con mucha frecuencia ocurre que una cosa impura o un poder maléfico se convierte, sin cambiar de naturaleza, sino por una simple modificación de las circunstancias externas, en una cosa santa o en un poder tutelar, e inversamente” (1982: 381-382). Parece ser el destino que corren las relaciones entre el blanco (medio) y el negro (mestizo) en la sociedad

---

<sup>15</sup> Seguramente es uno de los autores a los que nos remite O'Donnell, cuando habla de las contradicciones entre valores profundos que mantienen los grupos sociales.

argentina. Bajo circunstancias externas cambiantes, pueden servir como ejemplos, por recurrir a las más comunes, las de orden político o deportivo, ellas adoptan formas y emociones cuasi-religiosas. Siempre movilizadas por quienes pertenecen a un nosotros y los otros, los iguales y los diferentes. Para el conjunto nacional la herida es profunda y debe ser restaurada cuando traspasa los lugares convenidos y fluye sin control de lo privado a lo público (aquí la ambivalencia que ofrece entre ambos un espacio radial nocturno es notable).

Somos siempre los mismos que puestos en relaciones sagradas diferentes nos unimos o nos dividimos bajo las mismas reglas de comportamiento que enfrentan a santos con demonios, a puros con impuros. Si esto es así, nuestras fuertes luchas totémicas tienen que ser enfrentadas con claridad, porque los principios del mal toman las mismas formas que las del bien. Si queremos que progresen en el viejo sentido emancipatorio de la igualdad y el reconocimiento entre los hombres y mujeres del mundo, deberíamos aprender todos a establecer nuevas reglas que nos saquen de las lógicas que indican que para convivir es absolutamente necesario lograr el vaciamiento del otro.

### **Nación y globalización: blancos “acá” negros “allá”**

El proceso histórico comúnmente denominado globalización y sus relaciones con la nación ha renovado el debate sobre la cuestión de las diferencias culturales en la medida que aparece como una nueva instancia colonizadora en la historia de la humanidad, esta vez de los estados nacionales. Y, desde el punto que vengo sosteniendo y del ángulo que propongo para el análisis, consiste en una nueva etapa concentradora del poder clasificador.

Si pudiéramos posicionarnos en un lugar de extrañamiento histórico y asumir el papel del ironista, nos animaríamos a decir: “están colonizando a los colonizadores”, en la medida que las nuevas fuerzas del poder concentrador que utiliza el capitalismo financiero internacional pene-

tran y corroen las fronteras de los estados nacionales. Si no lo hacemos es porque estamos hablando del hoy, en medio de nosotros con todos los otros, en un ambiente político internacional enrarecido, militarizado, con guerras que generan muerte y que le interesan a pocos; con crisis financieras que producen desempleo, hambre y suicidios; con estados nacionales imperiales y organizaciones económicas poderosas, algunas de las cuales actúan como fuentes del crimen global. Pueden “escapar a los controles del estado”, mostrar “arraigo nacional, regional y étnico” (...) y “una larga historia, entrelazada con la cultura de países y regiones específicas, su ideología, sus códigos de honor y sus mecanismos de vinculación”. (Castells, 1997 Vol 3: 197). También, de vez en cuando, como toda instancia movilizadora de fronteras y límites entre los grupos humanos, la globalización en tanto colonización de colonizadores, nos abre la posibilidad de mirar hacia adentro. Descubre con todo su poder quiénes somos como sociedad nacional. Y esto es así, porque descentra; nos permite ubicarnos afuera, para poder mirarnos mejor.

En este marco, lo que he llamado el nuevo poder clasificador que implica la globalización ha movido las fronteras de los estados nacionales y al hacerlo ha puesto en evidencia sus diferencias regionales y étnicas internas. Los centros cosmopolitas del mundo están hoy más parecidos y conectados entre sí y sus regiones interiores, especialmente las más desfavorecidas, han encontrado como modo de sustento el turismo. Para ello fortalecen sus tradiciones y sus diferencias productivas locales al mismo tiempo que se mantienen conectadas al mundo y a las redes globales. Sin duda, estas transformaciones son posibles a partir de los avances de la tecnología de la comunicación; con mayor propiedad podríamos decir que ellas son partes constitutivas del proceso en la medida que actúan como condición y consecuencia de la concentración e interconexión global. Ya, en la constitución de los estados nacionales, las tecnologías disponibles en la época, los diarios y folletines primero y la radio después, habían colaborado con la escuela en la tarea de germinar y desarrollar la identidad nacional al mismo tiempo que promovían el comercio que necesitaba de las interconexiones entre las partes del todo nacional (Anderson, 1993) .

Las tecnologías de la comunicación, auténticos íconos de la aldea global, nos obligan a ver en nuestros lejanos hogares que en los aeropuertos de los centros de la colonización globalizadora, *no lugares* propios de una nueva instancia que se pretende “no lugarizada”, espejo en el que todos “nosotros”, los latinoamericanos en general, pero también los argentinos en particular (!), podemos ver nuestra negritud. En la pantalla de nuestros televisores vemos, una vez más, que el poder clasificador nos intercepta y aísla, para que no podamos ignorar aquello que cotidianamente hacemos aquí, donde y cuando nos volvemos blancos.

## Referencias

- Anderson, B. (1993) *Comunidades imaginadas*. Fdo. de Cultura México
- Bagú, S. (1975) “Tres oligarquías, tres nacionalismos: Chile, Argentina y Uruguay”. En Cuadernos políticos Ediciones Era. nro. 3 México Enero- marzo.
- Castells, M. (1997) *La era de la información* Vol. 3 Alianza. Madrid.
- Chatterjee, P. (2008) *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. S. XXI Bs. As.
- Da Mata, R. (1979) *Carnavais, balandras e herois. Por uma sociologia do dilema brasileiro*. Zahar .Río de Janeiro
- Dumont, L. (1985) *O individualismo. Uma perspectiva antropológica da ideologia moderna*. Ed. Rocco. Rio de Janeiro.
- Elias, N. (1994) *A sociedade dos indivíduos*. Zahar Editores. Rio de Janeiro.
- Foucault, M. (1978) *Microfísica del poder*. Ediciones de La Piqueta. Madrid
- Fraser, N. Y Honneth, A. (2006) *¿Redistribución o reconocimiento?* Ed. Morata Madrid
- Geertz, C. (1987) *La transformación de las culturas*. Gedisa. Bs. As.
- Goffman, E (1971) *El ritual de la interacción*. Edir. Tiempo Contemporáneo. Bs. As.

## Reseñas

- Goffman, E (1981) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu Bs. As.
- Grillo, M. (1995) “El noticiero televisivo: el espacio de lo nacional en una programación transnacionalizada”. *Temas y Problemas*, Revista del Departamento de Ciencias de la Comunicación de la U.N.R.C. Noviembre de 1995.
- Grillo, M. (1996) “Nación y minorías en los textos de historia de Argentina y Brasil”. *Revista del Primer Encuentro Regional de Profesores de Historia*. Imprenta de la Universidad Nacional de Río Cuarto.
- Lahire, B. (2006) *A cultura dos indivíduos*. Artmed. Porto Alegre.
- Latour, B. (2007) *Nunca fuimos modernos. Ensayos de antropología simétrica*. S. XXI Bs. As.
- O'Donnell, G. (1984) *¿Y a mi qué me importa? Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil*. CEDES, Bs. As.
- Segato, R. (2007) “El color de la cárcel en América Latina. Apuntes sobre la colonialidad de la justicia en un continente en deconstrucción”. *Nueva Sociedad*. Nro. 208. En [www.nuso.org](http://www.nuso.org)
- Segato, R. (2010) “Los cauces profundos de la raza latinoamericana. Una relectura del mestizaje”. *Crítica y emancipación*. *Revista latinoamericana de ciencias sociales*. CLACSO Año II, nro. 3.
- Todorov, T. (1987) *La conquista de América. La cuestión del otro*. S. XXI. México.
- Todorov, T. (1991) *Nosotros y los otros*. S. XXI México.
- White, H. (1992) *Metahistoria* Fdo. de Cultura E. México DF